EL HERALDO

N°20 JUNIO DE 2025



TERTULIA POÉTICA

MISTERIO EN LA LUNA

CURIOSIDADES SOBRE LA LUNA EN LA LITERATURA

Mujeres: artifices de la literatura

Indice

Carta del Editor 3
Curiosidades literarias 4
Habia una vez.. 8
Reseña literaria... 47
Tertulia poética 50
Mujeres artifices de la escritura 56
Misterio en la luna 59

CARTA DEL EDITOR

Por: Ariel Sosa Mansilla

La luna, astro celestial que desde los albores de la humanidad ha sido centro de atención para poetas, escritores, científicos y astrónomos, ha inspirado a los enamorados a declarar su amor bajo el plenilunio. También ha alimentado las historias de los hombres lobo que, por influencia del astro, se convierten en monstruos. Además, ha sido el eje de innumerables relatos de ciencia ficción.

La luna puede representar la muerte, la feminidad, el misterio, la esperanza, la transformación e incluso la locura. Su influencia se extiende a través de la poesía, la prosa y la dramaturgia, y su simbolismo a menudo se entrelaza con el destino, la naturaleza humana y las emociones. Quizás por ello, la luna, en mi adolescencia, influyó en mí e inspiró mis primeras poesías de amor, mientras pensaba en mi primer idilio. Fue entonces cuando comencé a entreverar e hilar palabras en prosa y verso, tejiendo una telaraña de lenguaje que aún sigo construyendo cada vez que el satélite asoma por el este en las noches.

CURIOSIDADES LITERARIAS

LA LUNA, DEL MITO A LA LITERATURA

por Michel Pérez Pino

Cuando los hombres primitivos se asomaron a la entrada de las cavernas donde se protegían de los elementos, contemplaron en el cielo estrellado un cuerpo circular y brillante. La Luna les pareció algo verdaderamente extraordinario, sobre todo porque aquel astro cambiaba de forma periódicamente, a diferencia del sol, que siempre mantenía su aspecto original. Con el paso del tiempo, también notaron que, a semejanza de la luna, el cuerpo de la mujer cambiaba en un período muy similar, por lo que consideraron que la luna tenía mucho de divina y algo de mujer.

Sorprendentemente, a pesar del patriarcado imperante en los albores de la humanidad, las entidades más poderosas eran femeninas. A la diosa lunar, los sumerios la llamaron Inanna. Los egipcios, en cambio, no tuvieron una diosa lunar, sino un dios: Tot, o Thot, al que representaban como un babuino que lleva sobre la cabeza la luna creciente. Para los egipcios, la luna y el sol se relevan entre sí al salir y ponerse. Juntos eran los ojos del dios halcón Horus; sin embargo, la luna creciente es uno de los atributos de la diosa Isis, la más poderosa deidad femenina, quien resucitó a su esposo Osiris cuando fue desmembrado por su hermano Seth.

Para los griegos, la diosa de la luna era Artemisa, hermana de Apolo, dios del sol. Estos dioses gemelos habían nacido de Zeus y de Leto. La esposa de Zeus, Hera, al saber que su rival esperaba un hijo de su marido, prohibió que Leto alumbrara en ningún lugar donde diera el sol, y además envió a la serpiente Pitón a perseguirla. Por fin, en la pequeña isla de Delos, y protegida por Poseidón, Leto pudo parir a Artemisa, quien, nada más nacer, ayudó a su madre a alumbrar a Febo. Desde entonces, además de otros atributos, se consideró a Artemisa protectora de las embarazadas y de las parturientas. A pesar de este atributo, Artemisa, lo mismo que Atenea y Hécate, es una diosa virgen que jamás dependió de ningún hombre, ni siquiera de su brillante hermano.

Tanto en la religión judía como en la cristiana, la luna tiene gran relevancia, ya que las fiestas más importantes se fijan en el calendario de acuerdo con los meses lunares. En efecto, es muy interesante saber que Pésaj (la Pascua judía) está siempre relacionada con el 14, día de Nisán o la luna llena. Los rabinos estudian profundamente todos los movimientos celestes, y guardan muchos conocimientos que vienen de los babilonios, para poder hacer el cálculo de todas las demás fiestas judías que se basan en la fecha de Pésaj.

De la religión judía esta tradición pasó al cristianismo, ya que siempre las fechas más importantes de la Semana Santa caen en luna llena. En el Antiguo Testamento, la Biblia nos dice, en el capítulo 1 del Génesis:

"E hizo Dios las dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas. Y las puso Dios en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra."

Por su parte, en la religión islámica, el Corán afirma:

"Él es el que ha hecho del SOL un resplandor y de la LUNA una luz." (Corán, X, 5).

En el tarot, la luna es el arcano XVIII y expresa, en el plano espiritual, los abismos del infinito. En el plano intelectual, la luna representa las trabas que envuelven al espíritu cuando se somete al dominio de los instintos, y en el plano físico, las decepciones y los enigmas que a escondidas nos acechan.

Mientras tanto, en el llamado Nuevo Mundo, una señora se apareció un sábado de diciembre de 1531 sobre un cerro del lugar llamado Tepeyac, donde ya existía un santuario dedicado a la diosa azteca Tonantzin —esto es, Nuestra Madre—. La nueva aparición era una mujer morena, de rasgos indígenas, embarazada y de pie sobre una luna negra. No es casualidad que la palabra México provenga de los vocablos Metz-xic-co, que en náhuatl significan "en el centro de la luna".

En la Francia del siglo XVII existió un personaje llamado Cyrano de Bergerac (1619-1655), que inspiró, doscientos años más tarde, a Edmond Rostand (1868-1918) a escribir una obra teatral por la que dicho personaje se transformó en un mito. Pues resulta que Cyrano, el de verdad, era un personaje realmente extraordinario que escribió un libro titulado Viaje a la luna, en el cual se expresa de la vida en dicho satélite en los siguientes términos:

"En la Luna —dice Cyrano—, sólo los animales andan sobre dos patas, por eso confunden al viajero protagonista con un avestruz. Al utilizar las cuatro extremidades, los lunáticos

miran al suelo con orgullo, pues así contemplan los bienes de los que son señores; la cabeza erguida de las bestias muestra, en cambio, su actitud suplicante ante el cielo por depender de los cuadrúpedos."

En Francia nació también otro autor que dedicó un libro entero a la luna. Julio Verne, dueño de una de las imaginaciones más portentosas de entre todos los miembros de la humanidad, publicó por entregas en un periódico, entre el 14 de septiembre y el 14 de octubre de 1865, la novela De la Tierra a la Luna. Como libro, la novela apareció el 25 de octubre de 1865. Tanto fue su éxito que cinco años después Verne publicaría una segunda parte con el título de Alrededor de la Luna.

En la poesía, la luna ha tenido una presencia permanente. En el soneto de Quevedo a don Pedro Girón, duque de Osuna, la luna aparece como símbolo del Imperio Otomano, al que los europeos contuvieron en la famosa batalla de Lepanto, aquella en la que Cervantes perdió el uso de la mano izquierda.

Por otra parte, en la poesía de Federico García Lorca, la luna tiene una presencia destacada. Muy famoso es el Romance de la luna, del Romancero gitano, pero la luna también aparece de modo destacado en uno de sus dramas. En Bodas de sangre, nuestro satélite no sólo simboliza la muerte, sino que marca el instante en que el novio burlado dará alcance a los amantes fugitivos y se vengará del agravio hecho a su honra. Tan importante es su papel en el drama, que la luna aparece personificada y habla en la obra como un personaje más.

Claudia Lars es, en El Salvador, el ejemplo más destacado de la presencia de la luna —y del espacio— en la poesía. En 1969, un mes antes de que el Apolo 11 alunizara en el Mar de la Tranquilidad, publicó el libro Nuestro pulsante mundo, con el subtítulo: Apuntes sobre una nueva edad.

El tema de este poemario es la conquista del espacio, que para la autora simbolizaba el arribo de la humanidad a una era de paz y de progreso. Sin embargo, los acontecimientos posteriores en el mundo desmentirían esta esperanza. Claudia Lars publicó en dicho libro varios poemas relacionados con la luna y los programas espaciales estadounidense y soviético.

La luna —no hay ninguna duda de esto— seguirá presidiendo nuestras noches y nuestros sueños. Los artistas y los poetas continuarán encontrando en ella inspiración. Los enamorados volverán a hacerla testigo de sus amores. Tal vez despoblada de misterio gracias

a la tecnología, la luna conservará, sin embargo, todo su encanto poético. Porque las diosas son creaciones inmortales del espíritu humano.

Por eso, la luna seguirá brillando, menguando y creciendo todas las noches en el cielo de todos.




HABIA UNA VEZ

ALLÍ ESTABA YO, JUNTO A LA LUNA

por Alejandro Segnini Bosch

Allí estaba yo. Atardecía. Podía sentir el sonido de mi respiración recorriendo mis pulmones. Cada espacio inhalado, en descenso, tibio descenso, recorriendo mi pecho. El aire se mezclaba en turbulencia a su paso por aquellos caminos cada vez más estrechos. Y luego regresaba, para devolverlo a su origen, pero llevándose consigo mis dolencias, mis temores, pero no mi soledad. Esa seguía a mi lado.

Allí estaba yo. Sentado junto a un árbol, a una flor blanca y a una alfombra de sombreros grises y marrones que no se oían ni decían una palabra, mas podía oír yo el correr de la sangre por mis venas. El silencio quizá, en algún momento, existió, pero ahora dejó de ser eterno y nunca absoluto se volvió. Por más que quisiéramos, este no existe, ni en el espacio ni en el centro mismo de nuestra Vía Láctea, aspirada por un remolino negro de misterio y especulación. Siempre habrá sonido, pues hasta ellos, mis pensamientos, vibran y retumban, a veces tan fuerte, que me desvelan en las noches sin dejarme dormir. Así como esta, la que estoy contando ahorita.

Allí estaba yo. Una nube naranja sobre un cielo azul que se tornaba negro me acompañaba, junto al árbol, la flor blanca, los sombreros grises y marrones, mis pensamientos y el aire que entra y sale y no se queda nunca quieto. Un enorme monstruo verde y un pequeño, de dos antenas, conversaban. Mi realidad no existe para ellos, y la de ellos no existe para mí. Tampoco es la misma para una estrella o para una luna. Somos creadores, o más bien co-creadores, porque el Creador es otro que ya estaba allí antes de todo, antes que todos, antes de mí. ¿Por qué el empeño en ignorarlo? ¿Será que el monstruo verde y su amigo, el de las antenas diminutas, lo saben? Quizá el instinto tiene la ventaja de la sabiduría infinita por sobre el pensamiento ególatra, fatuo, inmisericorde, que cree saberlo todo.

Allí estaba yo. Aquella nube naranja se había ido, y junto a ella se fue el monstruo verde y el pequeño de las antenas. La flor clara parecía ya no ser blanca; su color se confundía con el de las ramas y las hojas de aquellos árboles. Ahora no sé si me siguen acompañando o si se fueron a dormir, pues no los oigo ni los oí despedirse. Desapareció la luz y se llevó el color. Con el ruido del silencioso aire que entra y sale de mis pulmones, y la sangre que circula empujada por un corazón bombeante, le pido a mis pensamientos que hablen un poco más bajo. Sé que no se callarán, pero demando al menos que tengan la consideración, porque intento meditar. Entonces, un nuevo sonido me visita. La dilatación de mis pupilas me hizo desconcentrar. Jamás las había sentido abrirse a la oscuridad, buscando luz de ese modo. Un diafragma que se dilata buscando captarlo todo, como si no supiera que, para ver, solo hay que cerrar los ojos.

Allí estaba yo. En el centro de un jardín, con árboles y flores que pretenden no sentir. Hay quietud en el jardín. Aquel cielo que fue azul, luego naranja, después negro, se fue aclarando y me dibuja ahora un tapiz rosa salpicado de luces, atravesado por un río azul marino, y, para mi deleite y asombro, me regala un bólido amarillo que parecía nunca acabar. Hubiese querido compartirlo con el monstruo verde y su pequeño amigo de largas antenas. La noche apenas comenzaba.

Allí estaba yo. No sé ni cómo pasó, pero juraría que apareció. No la esperaba aquella noche, pero ella se asomó. La luna. Ella era la luna y hoy me visitó, vestida de azul brillante; todo el cielo se ocultó. Con el sonido de su luz, la resonancia del aire en su entrar y salir de mis pulmones dejó de oírse. Así como también se dejó de sentir el fluir del plasma en las arterias de un marcapasos rítmico y constante. Hubo una pausa, incluso en el pensamiento. Mi cordón de plata se había roto, y la luna, tan bella, habría bajado a recogerme.

Allí estaba yo. Preguntándome aquella noche qué era la vida: si aquella o esta, y si al dormir despertamos, o al despertar volvemos a estar dormidos. Salí a pasear con la luna, pero aún no era mi tiempo. Así, con la gracia de su luz, me regaló un destello de su manto, ató el hilo a mi chaqueta y me hizo regresar.


11

NOA, ALBA Y LA LUNA

por Blanca Campoverde

Había una vez, en un pequeño pueblo donde las casas eran de madera y los techos tenían chimeneas humeantes, dos hermanas gemelas llamadas Noa y Alba. Vivían en una cabaña rodeada de árboles altos, muy cerca de una colina desde donde se podía ver el cielo entero.

Eran iguales por fuera: el mismo cabello rizado, la misma sonrisa brillante. Pero por dentro eran muy diferentes.

Noa amaba la noche. Le gustaba cuando el cielo se ponía oscuro y las estrellas comenzaban a brillar. Se despertaba cuando todos dormían y caminaba en puntillas por la casa para no hacer ruido.

Le encantaba mirar la luna desde su ventana, como si fuera una gran amiga plateada que venía sola por allá.

Alba, en cambio, amaba el amanecer. Le gustaba cuando el cielo cambiaba a rosado y los pájaros cantaban las primeras canciones del día.

Se despertaba muy temprano, justo cuando el sol aún no se asomaba, y salía a recoger flores con gotas de rocío. Decía que el aire fresco de la mañana le hacía cosquillas en la nariz.

Aunque se querían mucho, nunca podían jugar juntas porque Noa dormía durante el día y Alba dormía por la noche.

—¡Quiero jugar contigo! —decía Noa, bostezando, mientras se iba a la cama, justo cuando Alba despertaba.

—¡Yo también! —decía Alba, mientras le acomodaba una manta—. Pero tú amas la luna y yo amo el sol.

Una noche, Noa estaba sentada en la colina mirando la luna llena. Hablaba en secreto:

—Luna, luna… ¿podrías ayudarme a ver más a Alba? La extraño.

La luna, redonda y brillante como un tambor de luz, escuchó con atención. Después, bajó un rayito plateado que cayó justo en las manos de Noa.

—Mañana, al llegar la madrugada, despiértala. Solo entonces podrán encontrarse.

Solo entonces, entre la noche y el día, el tiempo será de ustedes.

Noa sonrió y guardó el secreto.

A la mañana siguiente, antes de que el sol saliera, Noa tocó suavemente el hombro de su hermana:

—Alba, despierta… ¿quieres ver la madrugada conmigo?

Alba se frotó los ojos, sorprendida. Nunca había visto la noche.

—¿Madrugada? ¿Eso existe?

Noa rió.

—Sí, es un ratito mágico que aparece justo entre la noche y el amanecer. ¡Vamos!

Tomadas de la mano, subieron juntas a la colina. El cielo era oscuro, pero no completamente negro. Un azul profundo cubría todo, y en el centro, la luna aún brillaba, pero en el horizonte una línea de luz rosada comenzaba a asomarse.

—¡Ohhh! —susurró Alba—. ¿Es tan hermoso? ¿Siempre ha sido así?

—Sí —dijo Noa—, pero ahora lo vemos juntas.

Se sentaron en el pasto y la luna las miró desde arriba. En ese momento, el cielo se llenó de pequeñas chispas doradas, como si alguien hubiera lanzado purpurina al aire. Era la hora mágica, donde la noche y el día se daban la mano, y los sueños se mezclaban con la realidad.

Desde ese día, cada madrugada las hermanas se despertaban para encontrarse.

Noa traía historias de estrellas y búhos sabios. Alba traía flores frescas y canciones.

Se contaban secretos, se reían bajito y miraban cómo el mundo cambiaba de oscuro a claro.

Un día, la luna les habló otra vez. Esta vez, su voz era como una canción suave en el viento:

—Noa y Alba, hay muchos niños que no conocen la madrugada. ¿Quieren ayudarme a mostrarles que ese momento existe?

Las hermanas se miraron emocionadas.

—Sí —dijeron a la vez.

Entonces, la luna les regaló algo especial: un buzo mágico con estrellas bordadas y una cinta dorada en el bolsillo. Cada vez que lo usaban, podían dejar pequeñas lucecitas en los sueños de otros niños.

Desde ese momento, cada madrugada Noa y Alba viajaban en silencio por el cielo. Pasaban por las ventanas de los dormitorios, dejaban destellos suaves y susurraban en voz bajita:

—Despierta un ratito… y mira cómo nace el día.

Algunos niños se despertaban sin saber por qué. Abrían la cortina y se quedaban asombrados mirando el cielo azul profundo y la primera luz del sol.

Y sentían, en su corazón, que algo mágico había ocurrido.

Las gemelas crecieron, pero nunca dejaron de encontrarse en la madrugada. Y aunque ya no vivían en la misma cabaña ni en el mismo pueblo, siempre sabían que, mientras la luna brillara y el día aún no comenzara, el tiempo sería solo de ellas.

Y si alguna vez, al abrir los ojos antes de que amanezca, ves una estrellita que parpadea sin moverse… puede ser que Noa y Alba hayan pasado por allí, dejando un pedacito de magia para ti.

Cada una sabía que, cuando el cielo comenzaba a cambiar de color, su hermana estaría allí, en algún rincón del mundo, mirando lo mismo.

Si alguna vez tú, mientras todos duermen, te despiertas muy temprano sin razón, y ves que el cielo no es ni oscuro ni claro, podrías estar mirando la madrugada.

Ese momento pequeñito donde el mundo parece contener la respiración antes de seguir girando.

Tal vez, si te fijas bien, veas una estrellita que no parpadea. Quizás escuches una sonrisa suave, como un canto que viene del viento.

O tal vez, muy despacito, escuches sus palabras. Sus voces diciéndote:

Buenos días, pequeño soñador. Hoy es un buen día para comenzar con luz en el corazón.

Y entonces entenderás que Noa y Alba no son solo dos hermanas de un cuento: son guardianas del tiempo mágico.

Y cada vez que tú creas en la belleza de lo simple, en el poder del amor o en los instantes secretos entre el sol y la luna, ellas estarán contigo.

Porque hay momentos que no se ven todos los días, pero que, cuando los recuerdas, duran para siempre.

Ese regalo escondido entre la noche y el día es uno de ellos.



SUSURROS A LA LUNA

por Jade Nocturno

I. LA NIÑA DE LAS ESTRELLAS

Relato de Amara, 8 años

La primera vez que hablé con la luna, tenía fiebre. Mamá decía que era solo un sueño, pero yo sabía que era real. Estaba allí, enorme y redonda, justo en mi ventana, hablándome como si buscara aliviar mi dolor.

—¿Por qué lloras, pequeña? —preguntó con voz de viento, dulce y suave.

—Mi papá se fue. Dice que necesita encontrar su estrella… ¿eso qué significa?

La luna se quedó en silencio. Luego brilló un poquito más fuerte y me dijo:

—A veces, los que amamos se pierden buscando su propia luz. No es que dejen de quererte, solo se sienten apagados.

Esa noche me dormí abrazando una almohada que aún olía a él. Soñé que papá estaba en otro planeta, pintando mi nombre en cada estrella del cielo.

Desde entonces, hablo con la luna todas las noches. Ella no responde siempre, pero yo siento que me escucha.

Y eso basta. Gracias a ella, ya no me siento sola.

II. EL ASTRÓNOMO QUE OLVIDÓ CREER

Relato del profesor Elías Moncada, 56 años

La ciencia me enseñó que la luna es una roca atrapada por la gravedad terrestre. Nada más. Pero entonces la conocí a ella. Lucía. Con su vestido de constelaciones y sus preguntas imposibles:

—¿Tú crees que la luna extraña al sol?

—¿Crees que alguna vez se sintió sola?

Reía cuando hablaba de cosas que no podía probar. Y yo, que siempre fui un hombre de números, de lógica y ciencia, empecé a mirar al cielo con un anhelo que no comprendía.

—Si desapareciera la luna, ¿tú te irías también? —me preguntó una noche.

—No lo sé —le respondí, más humano que científico—. Tal vez ya me fui contigo hace tiempo.

Ella se marchó una madrugada sin despedirse. Solo dejó una nota en mi telescopio:

“No mires las estrellas para entenderlas, míralas para sentirlas, para amarlas.”

Desde entonces, cada noche, en vez de calcular órbitas, buscar planetas o intentar entender los misterios del universo, cierro los ojos y susurro una y otra vez su nombre a la luna.

Entre lágrimas, espero que me escuche.

III. LA MUJER EN LA ESTACIÓN ESPACIAL

Relato de la comandante Isadora Reyes

El silencio allá arriba es diferente. No pesa. Flota contigo. En la estación espacial, todo parece ajeno… menos la luna. Cada noche terrestre, la veo desde el panel de observación, tan cercana que duele. Su frío quema y su soledad desgarra el alma. De pronto escucho una voz que dice:

—¿Aún estás en la Tierra, Leonel? —pregunto al vidrio, como si él pudiera responder.

Mi esposo me escribía poemas con nombres de cráteres. Decía que yo era su eclipse favorito. Pero no resistió mis ausencias. Se cansó de amar a una sombra orbitando lejos de su mundo.

—¿Cómo se ama a alguien que pertenece al cielo? —me escribió antes de irse.

No supe responder. Todavía no sé. Pero cuando la luna aparece, redonda y suave, le cuento historias de nosotros, esas que ahora viven en el pasado.

Aún recuerdo cómo bailábamos sin música. Cómo me hacía prometer que volvería. Cómo aún lo amo, aunque no me espere.

La luna no juzga. Solo guarda secretos. En silencio, ella te acompaña.

IV. EL JARDINERO QUE VEÍA MÁS ALLÁ

Relato de don Aurelio, 73 años

Mi esposa falleció en invierno, y desde entonces hablo con la luna.

—Dile que la extraño, vieja amiga —le digo entre rosas y jazmines.

Los jóvenes creen que estoy loco. Pero ¿cómo no hablarle, si es lo único que compartimos cada noche desde que se fue?

Antes de dormir, saco su silla al jardín. Miro la luna y digo en voz baja:

—Hoy floreció tu magnolia. Y sí, regué de más los girasoles, también las rosas, como siempre lo hacía… solo que ya no estás para regañarme.

A veces creo escuchar su risa en la brisa. Entonces cierro los ojos y siento que no estoy tan solo.

La luna no me responde con palabras. Me responde con calma, con su reflejo, como si quisiera abrazarme.

V. LA LUNA

Relato de la luna misma

Yo no soy solo luz. Soy espejo. Soy eco.

Soy guardiana de los que aman en silencio.

Soy inspiración para los poetas y consuelo para las almas solitarias.

He visto mundos nacer y corazones romperse en la misma noche. Escucho promesas, lamentos, canciones y despedidas. Soy la que permanece, incluso cuando todo lo demás se van.

Amara aún me canta.

Elías me observa sin buscar respuestas.

Isadora me envía lágrimas sin gravedad.

Aurelio me susurra flores.

Y yo los escucho. Siempre.

Porque, aunque no lo sepan, no están solos.

Sus palabras flotan hasta mí como polvo de estrellas, y yo las guardo en mi pecho de cráteres.

Algún día, quizás se reúnan con quienes aman, más allá del tiempo y del espacio.

Pero mientras tanto, yo estaré aquí.

Brillando suave.

Recordándoles que la distancia no apaga lo verdadero.

Solo lo hace más eterno.

Yo, su fiel amiga, soy el consuelo para sus corazones.

Epílogo: El mensaje

Hay quienes miran la luna y ven solo una roca.

Otros ven un hogar para sus recuerdos, un refugio para sus pensamientos más callados.

La luna no da respuestas.

Pero en su silencio, te recuerda esto:

Lo que se ama de verdad, nunca desaparece. Solo cambia de forma.

Y a veces, toma la forma de un resplandor suave y cálido que vela por ti…

cada noche.



LA MISIÓN

por Michel Pérez Pino

La gota de sudor corrió presurosa bajo la escafandra. El astronauta realizaba el protocolo orientado desde la base, a miles de kilómetros, con una precisión milimétrica. Bajó la escalerilla, colocó su huella sobre el polvo y soltó la frase preconcebida en el guion de la superpotencia. Nadie podría superar a su país en aquella carrera desenfrenada hacia el espacio.

Dio varios saltos, favorecido por la ausencia de gravedad, mientras su compañero filmaba una imagen tras otra y transmitía hacia los cientos de ojos asombrados que miraban hacia arriba. La humanidad había dado otro paso hacia las estrellas.

Cada una de las orientaciones y experimentos diseñados para la misión fue realizada con una precisión minuciosa, así como el tiempo cronometrado por los relojes, que paso a paso seguían el quehacer de los tres astronautas. Nada podía salir mal esta vez; para eso se habían preparado.

Finalmente, la bandera fue clavada sobre el polvo y ondeó, agitada por el polvo lunar. Los hombres regresaron a la lanzadera, y el cohete Saturno partió del Mar de la Tranquilidad con su carga humana a cuestas.

Del otro lado de la cerca, todos aplaudieron. Los ayudantes comenzaron a recoger la escenografía montada en lo más profundo del desierto.

La misión había sido cumplida.


Meta AI

LA HIJA DE LA LUNA

por Daymí Pacheco Avellanes

Mirando a la luna entendí que no soy de este planeta. Me quedo maravillada mirando su brillo sin que queden ciegos mis ojos. Su luz tenue revela sombras que van tomando forma con la imaginación.

¡Y cuando es luna llena, la noche es tan hermosa! Me apasiona el contraste entre su luz y la oscuridad, el silencio, la sensación de miedo que siempre trae la noche, la complicidad que guarda en su manto, el descanso, las horas de insomnio.

Me gusta la luna. A ella puedo hablarle. Es mi confidente, conoce cada uno de mis secretos y, al salir el sol, los atesora y los vuelve tan invisibles como ella misma. Está siempre sola, como yo. Algunas noches tiene compañía; sin embargo, las estrellas alborotadas a su alrededor no logran disminuir su majestuosidad.

Los enamorados le cantan a la luna, pero yo le escribo poemas, le regalo flores y le recito versos; la dibujo en mis cuadernos y la tengo tatuada en mi corazón.

Había luna llena la noche en que él se marchó. Fue ella testigo muda de todo mi dolor. Le imploré que acabara con mi sufrimiento, y bajo su mirada brillante me dormí. En sueños me dijo que sería mi protectora, que todo estaría bien al despertar.

Salió el sol y sus rayos nublaron mi vista, apenas podía ver, pero mi alma estaba tranquila. Con mis espejuelos oscuros comencé un nuevo camino, bajo las sombras, invisible para aquellos a quienes les gusta el brillo, y austera para otros que encuentran la belleza en medio del caos y la oscuridad.



POLVO DE LUNA

por Kattia Palacios Avilés

La Luna no era solo roca y cráteres. Era una presencia antigua, una conciencia que había visto civilizaciones nacer, crecer y extinguirse. Durante milenios, se limitó a reflejar la luz del Sol, pero ahora, en un mundo reducido a cenizas, observaba. Abajo, entre los escombros, un último humano encendía una fogata cada noche y le hablaba.

Al principio, la Luna no entendía por qué lo hacía. No había respuesta posible, ni eco que devolviera sus palabras. Pero el hombre persistía. Sus historias eran frágiles, como el humo que ascendía hacia el cielo nocturno. Hablaba de ciudades que habían tocado las nubes, de canciones que ya nadie tarareaba, del olor a tierra mojada después de la lluvia. La Luna, acostumbrada al silencio eterno, comenzó a esperar esas voces.

Cada atardecer, el hombre joven, de nombre olvidado, arrastraba troncos carbonizados y ramas secas hasta el mismo lugar, un claro entre ruinas de hormigón. Con manos agrietadas, frotaba piedras hasta que saltaba una chispa. El fuego crepitaba, y entonces empezaba el monólogo.

—Hoy encontré un libro —murmuraba una noche, sacando de su abrigo un volumen sin portada—. Las páginas están quemadas, pero quedan frases. “El mar era azul”, dice aquí. ¿Era así? ¿Azul como el cielo?

La Luna no podía responder, pero esa noche su luz se filtró entre las nubes de polvo y alumbró una página intacta: un dibujo de olas rompiendo contra la arena. El hombre rió, un sonido áspero por la falta de uso.

—Gracias —susurró.

No estaba seguro de si era una coincidencia, pero desde entonces, cada gesto lunar lo interpretó como un diálogo. Si la brisa movía las llamas, era la Luna susurrando. Si un meteoro cruzaba el cielo, era un guiño.

Los intentos de la Luna por comunicarse.

La nostalgia del hombre se volvió tangible. Una tarde, describió a su hermana:

—Tenía risa de cristal. Cuando se reía, todos giraban a mirarla.

La Luna sintió algo extraño: una punzada en su superficie inerte. ¿Cómo era una risa de cristal? No lo sabía, pero quería recrearla. Esa noche, mientras el hombre dormía, reunió polvo estelar de sus cráteres y lo tejió con su gravedad, moldeando una figura femenina, translúcida, que flotó sobre la fogata. Al amanecer, cuando el hombre abrió los ojos, la vio: un fantasma de luz, efímero, que se desvaneció en tres segundos.

El hombre gritó. No de miedo, sino de dolor.

—¿Por qué me muestras lo que ya no existe? —gritó hacia el cielo.

La Luna comprendió su error. No podía devolverle el pasado, solo imitarlo. Aun así, el hombre siguió pidiendo:

—¿Puedes traer de vuelta el mar? ¿O a mi perro, que ladraba a tus fases?

Intentó cumplir. Formó olas de polvo plateado, esbozó la silueta de un animal corriendo. Pero eran sombras, no vida. Cada fracaso la llenaba de frustración.

El hombre dejó de hablarle. Pasaron días sin fogatas, sin palabras. La Luna, alarmada, desprendió fragmentos de su corteza y los arrojó a la atmósfera: una lluvia de meteoros iluminó el cielo como lágrimas incandescentes.

Funcionó. Esa noche, el hombre regresó, con los ojos hinchados y la voz rota.

—Ya no quiero recuerdos —dijo—. Quiero dejar uno.

La Luna inclinó su luz sobre él, como una pregunta.

El hombre señaló los cráteres.

—¿Son cicatrices? ¿O tumbas?

Ella no podía explicarle que eran ambas cosas. Cicatrices de impactos, tumbas de sueños. El hombre continuó:

—Si todo acaba conmigo, al menos déjame ser parte de algo eterno.

Al día siguiente, el hombre no se levantó. Yacía sobre un lecho de hierbas secas, respirando lentamente. La Luna, desesperada, arrancó trozos de sí misma —pedazos de roca y luz— y los lanzó como luciérnagas hacia él. Pero era tarde.

En su última exhalación, la Luna rompió sus propias reglas. Concentró toda su energía en un haz plateado que envolvió el cuerpo inerte. Lo elevó, desintegrando su carne en átomos brillantes. El viento aulló.

Durante un instante, el hombre fue luz pura.

Después, se estrelló contra la superficie lunar. El impacto formó un nuevo cráter, pequeño, perfecto, con forma de lágrima.

La Tierra quedó en silencio.

Desde entonces, la Luna brilla más en las noches claras. A veces, sus rayos acarician el cráter en forma de lágrima, como si lo protegiera. Espera que, algún día, si alguien mira hacia arriba, quizá vea esa marca y sienta —sin saber por qué— que no está solo.

Hasta entonces, guarda su historia.



EL SECRETO DE LA LUNA

Por Ariel Sosa Mansilla

Selene, la diosa, hermosa mujer de tez blanca, recorría con su carro plateado tirado por un caballo alado, cuando de pronto en su camino se cruzó una bola de fuego proveniente desde algún rincón incierto del universo. Esta siguió su ruta hacia la Tierra, dejando tras de sí una estela de humo negro, lo que captó la atención de la diosa, quien salió en persecución del objeto incandescente que había llegado al planeta.

La bola de fuego se estrelló contra la superficie, dejando un cráter de escasa profundidad. Todo estaba lleno de humo. La deidad se acercó al lugar y descubrió que había un objeto metálico, que poseía una abertura como una especie de puerta. De repente, esta se abrió y salió un hombre vistiendo un traje de color plateado y tosiendo fuertemente. Avanzó unos metros y luego cayó desmayado. La mujer, percatándose de la ausencia de aire por el abundante humo, utilizó sus poderes y sacó al sujeto del lugar.

A cien metros del sitio, depositó el cuerpo del hombre en el suelo. Este recuperó poco a poco el conocimiento y vio a la hermosa mujer que vestía una toga griega.

—Por todos los cielos, ya he muerto y estoy en el paraíso.

—No estás muerto. Estás vivo porque yo te he rescatado.

—Gracias. ¿Quién eres?

—Mi nombre es Selene, diosa de la Luna.

—¿Selene? —se preguntó el hombre—. ¿La diosa de la Luna, la mujer que anda en la noche en su carro alado tirado por un par de caballos alados?

—¿Cómo sabes de mí, mortal, si apenas te conozco? —preguntó curiosa la diosa.

—Del mundo de donde yo provengo cuentan muchas historias sobre ti.

—¿Y tú quién eres?

—Soy un astronauta, un viajero de las estrellas, lejos de su mundo, y que por alguna extraña razón vino a parar aquí. Mi nombre es Ismael.

—Bonito nombre tienes.

—Gracias por el cumplido. Tú eres bonita.

La diosa se sonrojó al escuchar los halagos del extraño recién llegado de las estrellas. Miró al hombre.

—Gracias por tus palabras, mortal. Es la primera vez que un humano no teme a mi presencia.

—No he de temer a quien me ha salvado la vida.

Ella se quedó pensando en las palabras del hombre, le tendió la mano y este se levantó del suelo.

Ismael observó su nave parcialmente destruida y el lugar del accidente.

—No podré regresar a mi mundo. Todo está destruido.

Ella contempló la tristeza del hombre, lo miró y le dijo:

—¿Tienes esposa, familia?

—No. Estoy solo en el mundo. Soy un navegante solitario, buscando conocer nuevos destinos.

—También soy un alma solitaria que recorre todas las noches, en mi carro alado, todo el orbe. Se ha tornado rutinario mi viaje por el firmamento.

—¿Y has probado viajar hacia la Luna?

—Aunque te parezca contradictorio, no conozco la Luna. Siempre se me dijo que no debía ir hacia ese sitio, porque es un lugar prohibido.

—¿Lugar prohibido?

—Sí. Nunca mis padres, Hiperión y Tea, quisieron develarme la razón por la cual no debía ir hacia allí.

—Interesante que tus padres no te hayan querido dar a conocer los motivos por los que no debes viajar hacia la Luna.

—¿En tu mundo contaban algo, las historias, de lo que hay allá? —señaló la diosa el satélite.

—Muchas cosas se han dicho, pero es mejor revelar personalmente el lugar y descubrir por qué no quieren que vayas allí.

—Quisiera averiguarlo.

—¿Y quieres viajar con un extraño?

—Sí —dijo la diosa.

Rápidamente, ella corrió hacia el carro alado. Ismael se quedó parado en el lugar, viendo cómo se subía al vehículo. Ella le hizo señas con su mano para que se acercara. El hombre, con su traje de astronauta, se dirigió hacia donde estaba la mujer.

Subió al carro y emprendieron vuelo hacia la Luna, abandonando el planeta Tierra por primera vez. A medida que fueron acercándose a la superficie selenita, Ismael observó cómo la diosa comenzó a ponerse nerviosa. En primer lugar, luego comenzó a sentir una sensación de hormigueo o ardor que recorría sus venas; su

piel se erizó como la piel de gallina; aumentó la taquicardia y la temperatura corporal. Sus huesos comenzaron a alargarse, a desplazarse y a remodelarse.

Ella comenzó a gritar, para convertirse paulatinamente en aullidos potentes. Selene ya no era la diosa; era una mujer lobo antes de aterrizar en suelo lunar.

Ismael saltó del carro y comenzó a correr. La mujer lobo corrió detrás de él; la bestia estaba sedienta de sangre. En pocos segundos, alcanzó al astronauta, le clavó sus dientes y un grito inhumano rompió el silencio de la Luna.

La bestia miró al hombre herido por última vez, levantó sus ojos al cielo y aulló. Luego, con una segunda dentellada mortal, acabó con la vida del hombre.

Selene, la diosa lobo, había descubierto —sin saberlo— el secreto que ocultaban sus padres.



SI LA LUNA HABLARA

por Esperanza Renjifo

Ya es de noche y aún no estoy acostada. Dormir sobre una silla es tan incómodo que siempre me suele producir un dolor intenso durante la mañana y el resto del día. Ya es muy noche y el silbato del guardián suelta un intermitente ruido agónico que hace mucho más pesadas las horas de espera. Estoy casi enraizada al borde de mis sueños, y he llegado a la conclusión de que muchas de las respuestas que espero pueden sonar extraordinarias. Pero debo ser sensata, pues toda pesa ante mí como aire muerto extendido sobre la acera, mientras que el silencio y la soledad del pasillo me aprisionan.

Ya la alta noche me invoca la ilustre luna con su total crecimiento, que me brisa al anhelo mientras largamente resuenan los ruidos del silencio, y yo escribo a la luna crujiente para que mi mente calle.

—Ya es tarde, señorita. Debe abandonar los pasillos y volver el lunes en la mañana a primera hora. Esto es una institución pública, no un hotel de paso. Nadie puede tomarse la atribución de quedarse a pernoctar en los alrededores.

—Pero ya es tarde, ¡no sé a dónde me podría quedar en este momento! No conozco la ciudad. Solo vine hasta aquí porque me dijeron que la entrevista sería presencial y no tardaban mucho en dar la respuesta de la evaluación… ¿Y ahora qué hago?

—No lo sé, señorita. Ya debo cerrar y usted no puede quedarse aquí dentro.

—Aún hay personas dentro, ¿no creo que cierre dejándolas a ellas aquí, cierto?

—Obviamente, todas ellas irán saliendo conforme terminen de hacer sus labores.

—La verdad, permití que me pregunten todo lo que deseaban. Después de todo, antes de venir hasta aquí sabía que me harían una serie de preguntas para redondear la idea de lo que necesitaban de mi persona para este puesto. Además de lo que me dijeron, deseaban saber muchas cosas acerca de mí como parte del grupo de jóvenes emprendedores de esta generación…

—Lo siento. No está en mis manos poder brindarle alguna ayuda que le permita resolver sus problemas acerca de su estadía aquí en la capital.

—Perdí mi sangre, perdí mi infierno, cerré las puertas de mis silencios, y mientras caminaba a la salida sentía que perdía mi alma junto al mutismo de mi suerte… Las paredes de un momento a otro empezaban a tornarse estrechas, y la calle… la calle cada vez más larga y yo, a cada paso, cada vez más prendida de la luna.

Afuera solo me quedaba recorrer las aceras frías de un viernes por la noche, con solo unas cuantas monedas en el bolsillo y tres billetes. Ya era tarde para cambiar mi pasaje de regreso para otra fecha.

Tres cuadras más adelante, un extenso y tupido parque me abría los brazos a su variada vegetación y frondosos árboles. Unos pasos más adelante, sendas bancas pintaban el camino a mis cansados pies y fatigados ojos, que en vano se mantuvieron despiertos en el asiento de un bus interprovincial. ¡Si tan solo hubiera dormido algunas horas! Al menos podría estar más despierta a esta hora.

Pero aquellas bancas me invitaban a quedarme sobre ellas y prometían regalarme toda la poesía que se derramaba de sus horas de vigilia y llevarme directo al cielo de la gloria. Con la luna como fondo, dominándolo todo con su sensualidad tan característica:

—Cuéntame de tus amantes, espontánea mujer —comentaba la luna, muy atenta hasta intentar dar con la razón del poco brillo de sus pupilas.

—Encantada, con gran placer te hablaré de ellos. Debo confesar que tengo un sutil talento para elegirlos. Cada uno de esos malditos me ha hecho suya a su manera. Podría vestirlos con mis manos vacías o desnudarlos con mis propias palabras.

—¿Y cómo es que eliges a cada uno de tus amantes?

—Es muy sencillo, te explicaré: un día, sin razón aparente, uno de ellos llega a mí, robándome los segundos al tiempo. Es uno de aquellos que no conozco, que nunca he visto, y que me motiva, me atrae, hasta llegar a gustarme porque me acarician sin que sienta su tacto, y hasta incluso son capaces de clavarme espinas decorando mi corazón en labios oxidados o robarme carcajadas desde mis hielos, encendiendo mi fuego.

Eso es lo que yo llamo amor a primera y última vista. Es un flechazo inevitable, de aquellos a los que no vamos a poder resistirnos, independientemente de lo que suceda durante el encuentro. Se convierten en aquellos huesos que cobijan mi piel y arropan mi vientre en múltiples orgasmos. Se trata de una atracción que no se puede controlar. Entonces, ¿qué queda? Solo hay que dejarlo fluir y disfrutarlos, envolviéndolos con toda la pasión que son capaces de brindar mis ojos.

Sin embargo, en esta atracción a primera vista también está el intercambio, dependiendo de los primeros mensajes que este sea capaz de mostrarme. Pero, sin duda, su apariencia física desempeña un rol importante, si es que ha llegado el momento de decidirme por él en última instancia. Pues llena más una mirada que el aliento. Aunque después de todo, sus atributos físicos no son lo más importante, sino su esencia: esa que me permite desnudarlo a primera vista.

Luego viene el entregarme a él de la manera más espontánea y libre de prejuicios.

—Entonces, ¿has tenido más de un par de amantes?

—Así es. Han sido ya a la fecha muchísimos. Y guardo registro de cada uno de ellos en el más selecto y especial lugar del condominio de mi corazón. Te diré que uno a uno me ha hecho el amor con clase, estilo y peculiar elegancia. Rozándome la piel

sin el menor contacto físico posible, acariciándome a profundidades tan desconocidas del alma, tan es así que han llegado a estimular mi masa encefálica, arrastrándome a sus placeres tan extremos, de modo tan taimado, que no he podido ni querido ponerles la más pequeña resistencia. Y me he fundido en sus crujientes lunares.

—Vaya, vaya. Percibo que dejaron grandes huellas inefables en ti.

—A lo mejor te habrás impresionado con las cosas que acabo de expresar, o pienses que mi imaginación es como sentir el saxo. Y si no lo has escuchado, te cuento que al oírlo parece que estamos escuchando una extensión del alma… Las melodías, las frases y los tonos que produce parecen venir de algún lugar muy profundo. Aunque el saxo no lo toque un virtuoso, es capaz de hechizarte solo con unas notas. ¿Un chirrido sutil? ¿El timbre suena un poco ahogado? Este instrumento es muy honesto, tal vez sea la traducción sin palabras de la voz humana; y me provocan sobre la cúspide silente de cielos que destellan y me rompen los fríos bajo las mansas y austeras brisas de sus aires. Aunque yo diría, más bien, que tanto el saxo como mis amantes provocan incendios, tormentas, desequilibrios emocionales, fantasías inéditas y orgasmos múltiples.

—En otras palabras, ¿esos amantes te han conectado a través de los sentidos? —comentaba la luna, extendiendo sus hilos de plata para cobijarla en la banca fría, haciendo que poco a poco el frío y la humedad de la noche se sintieran cada vez menos.

—Cada uno de mis amantes me ha dado indiscriminadamente todo aquello que han sugerido mis pasiones y conciencia de un modo honesto, natural y sin prejuicios. Cabe mencionar que hubo algunos que me brindaron una seducción extrema, colindando la seducción con el horror. Estos últimos me permitieron experimentar una vez más esos instantes trémulos, conectándome a ellos antes de dejarlos partir. Como pequeños pájaros cautivos que sentimos palpitar entre nuestras manos y dedos antes de liberarlos al viento. Sin embargo, antes de partir, cada uno de ellos

me dejó llevarme su esencia en cada poro de mi piel… Me dejó saciar esas ansias locas de conocimiento perpetuo.

—¿Qué es lo que más recuerdas del mejor de tus amantes?

—¿Del mejor de ellos, dices?

—¡Sí!, del mejor de ellos.

—Mmm, bueno… primero que nada te diré que en ocasiones estamos llenos de prejuicios que nos impiden ser quienes somos, y que a su vez nos impiden disfrutar plenamente del encuentro. Pero si te entregas a ellos, podrás sentirlos como si estos nos acariciaran sin hacer contacto alguno. Podrás sentir el calor, el frío o la tormenta que cada uno de ellos está irradiando entre líneas. Es como ponerse de acuerdo con ese otro desconocido que no solo llegó a invadir tu intimidad, sino que, al adentrarse en ti con tu propio consentimiento, ya le estás haciendo un lugar.

—Aunque nuestras reglas, con nuestros secretos, no sean necesarios revelarlos, éste ya habrá llegado a envolvernos en su propio mundo, porque esa curiosidad que ellos inspiran mata este deseo que me atrapa y me grita que los atrape.

Pero eso sí, solo nosotros dirigimos aquello, y somos los actores a la vez de la misma película que nos proyectamos. No sé qué desprenden sus hormonas, pero sé que son capaces de volverme loca a mí y a cualquier otra persona.

—Jamás me habían descrito a un amante de forma tan desenfadada. Y mira que ante mí se confiesan muchos amantes…

—Dicen que la imaginación es un arma muy poderosa. Siempre que imaginamos algo, nos sugestionamos con una idea y puede llegar a producirnos sensaciones muy placenteras. Es una presencia invisible entre dos personas, pero si se hace realidad lo que se imagina, si se toca y se siente lo que está en nuestra cabeza,

entonces estamos creando. Imaginar y transferir a la realidad no es más que un maravilloso proceso creativo.

Significa premiar y legitimar a la propia imaginación, integrarla en nuestro propio ser, darle un gran pedazo de nuestra historia.

Y yo que pensaba que los ángeles solo volaban, pero ahora me doy cuenta de que caminan y se meten en uno, pues su sensualidad domina y nos lleva directo al cielo de la gloria.

—Pero no olvides que también se dice que una manera de librarse de la tentación es caer en ella.

—Así es, pero si no hacemos daño a nadie, si es una elección propia, caer en la tentación puede ser una buena forma de disfrutar, de conocernos, de hacer locuras y de entregarnos indiscriminadamente a todo lo que sugieren nuestras pasiones. Y siempre seremos felices.

¿Sabes? Mis amantes me proporcionan una sensación que no siempre se puede explicar con palabras, pues ellos pincelan cada uno de mis minutos vividos y sentidos a mi modo, y me instan a asirlos del modo más egoísta del que puedo ser capaz.

Frente a un buen amante, el mundo se contrae o se expande para mí, como si todas las leyes físicas o químicas saltaran por los aires en un instante prolongado. Y en ese tiempo que estoy expuesta a ellos, es como si estuviera encapsulada en una caverna en donde se me ha dejado un eco que alimenta mi intimidad para todos mis sentimientos.

Y, pues bien, llegado el momento, solo un orgasmo podría ser ese gran comedor de palabras que puede permitirme evocar una expresión, a lo mejor infrahumana, pero no una palabra. Las letras reflejan a sus escritores, recogen en sentencias lo que los humanos dibujamos con líneas, puntos y comas… Son las frases salidas del

alma la mejor paleta de colores para dar sentido al encuentro que se da entre un par de frases.

Entonces te encuentras frente a uno que se desnuda y se desata y otro que le sigue, sin saber cuál fue el primero, porque nos deja perdidos en el deseo de prender nuestros fuegos.

Así, mis amantes literarios, a través de sus personajes y creadores, han servido para que entendamos el lenguaje y para brindarnos muchos, muchísimos placeres necesarios para encontrarnos en un abrazo de dos almas: una que viene a entregársenos anónimamente y otra que la recibe.

La clave, ante todo esto, es encontrar a alguien que no comparta nuestros mismos gustos, pero que sea capaz de desatar tormentas inagotables y liberar nuestros demonios, pues mis amantes literarios serán siempre aquellos que arropen un recuerdo favorito, ese que nos deje tenerlos por un ratito en nuestras vidas y que me permita adorarlo cada instante; aquél que me revoloteaba hasta muy altas horas del sueño por las noches y me dejaba una sonrisa inigualable. Aquel que no volverá a serlo.

—Entiendo perfectamente tu postura, pequeña damita.

—Sin embargo, hoy no cuento con ninguno de esos que puedan esta noche fría acompañarme en estas horas en las que el sueño se me enraíza en el alma. Solo escucho caer lentamente la lluvia y, a lo lejos, siento que aún circulan vehículos. Y yo, en esta fría banca, no sé dormir. Y los miedos permanecen anclados a mi espina dorsal, bailando en suspiros de sal.

—¡Oh! Duerme, pequeña, que ya pronto el alba ha de mitigar tu cansancio.

—Muchas gracias por la entretenida plática. No sé si ya duermo o es que esto es ya un sueño que me conforta y me anima a permanecer despierta y dormida. Y es que los miedos que me invaden son esos dulces venenos de cianuro tierno.

La mañana ya se ha comido la noche en un par de parpadeos y ya es otro día más, donde no se sabe si esas monedas que sonajean en su monedero y algunas pocas sonrisas hagan que esos escasos billetes sirvan para sostener el hambre, el frío y el miedo.

Se ha perdido el universo entre verbos de un modo despacio y lento. Y la pequeña mujer solo encuentra, perdidos en sus recuerdos lentos y locos, suspiros que la pierden entre el juego del destino, reposando su respiración y haciendo más lenta y tenue la ansiedad que carga encima.

Las horas y ella son como dos náufragos tirados en la misma playa, con tanta prisa o ninguna, como tienen la necesidad de mirarse una a la otra. Nada que no sea la llegada del domingo y pronto lunes es lo único que importa ahora. Sorprendidos por un hecho premonitorio que, sin saberlo, la busca a tientas desde el otro lado del sinsentido. Presintiéndose en la soledad de las horas y en el sueño que pueden aportarle las sombras de la noche sobre una vetusta banca…

De pronto, en un parpadeo entre el hambre y el sueño que han cobijado el húmedo y blando césped de un hospitalario parque, hace su aparición el lunes.

Allí está ella, reconociéndose a través de su cuerpo.

Se ha quedado inmóvil, largo rato en silencio, parada frente a una fría vitrina observando un largo listado de nombres, con los labios entreabiertos.

Sus ojos acarician lentamente la larga lista de nombres, mientras que una ola ardiente la inunda, recorriéndola de pies a cabeza, y se hunde y cae nuevamente tras un suspiro en aguas profundas. Y tras un largo silencio ya ha pasado el tiempo. Segundos, meses, años. Ya nada está igual. Todo se ha transformado en un abrir y cerrar de ojos.

Se abren ventanas y puertas, y de lleno la ciudad colosal destina sus pasos resplandeciendo frente a un nuevo sendero.

Afuera transcurre la cándida mañana en aromas del viento, llevándole hacia ella un tenue rumor de flores marchitas que no quisiera escuchar, que suenan a ausencias y muerte.

De pronto, se le agrietan los labios, partiéndole los besos no dados. Sonsacándole versos de mil palabras que aún no pronuncia desde el borde de su angustia, mientras está viendo pasar minutos cobijados con los vientos que la aferran a la bendita idea que llevaría en sueños, pero que ahora se le han desdibujado en ese mismo infinito y en lo que un día supo a ternura, pero que en ese preciso instante saben a miedo de estar y sentirse sola.

“—Minera Yanaquihua confirma: se presente inmediatamente, aseverando disponibilidad inmediata de instalarse en el lugar del trabajo, portando resultados de los exámenes médicos”.



LOS CRÁTERES DE LA LUNA

Por María Isabel Méndez

Se veía tan hermosa, tan radiante, tan espectacular… lástima que ése mismo día, él le quitó su calor.

(Del libro inédito de Karla Aguth, el cual dejo en el escritorio de la habitación de Sam, en el rascacielos.)

Hace mucho tiempo, sucedió que ella se desvaneció en el pensamiento mientras lo escuchaba, cada palabra suya atravesaba su pecho y perforaba como taladro sus oídos, justo cuando más lo necesitaba, salía un amargo humo de los labios que le nebulizaba el cerebro con su verdad, "creo que las sospechas son solo eso hasta que saberlo de la boca de quien se ama, desarma hasta el más valiente". Su boca, ese orificio con delineado varonil en su rostro de niño adulto de cejas simétricas, era pequeña y tierna como una fresa, la cual ella comía con dulzura en cada beso...

El universo vestido de eterna gala exhibe sus maravillas a la humanidad y es que vivimos inmersos en su hermosura, en sus misterios, en mitologías y filosofías que engendran historias.

Layni tenía algo peculiar que habitaba en la población lunar, ella también era una mujer que lograba ver a través de las palabras lo que no se decía. experimentaba la intuición y muy poco le fallaba; por lo que muchas veces presintió que se acercaba el momento de partida, solo que una parte de su ser se negaba a reconocerlo, quizá que ese fue el gran detalle… "no querer ver lo que no necesitaba anteojos". Pasando el momento del desgarro, no tuvo otra salida más que confiar en que no todo estaba perdido. Ciertamente nada sería igual para ella, pero tenía que decidir entre avanzar o quedarse congelada en el tiempo. "Y que duro sería salir de esa situación"; cuando el alma ya no tiene fuerzas para dar un paso más, y el hastío fluye como arroyo en las venas, solo se espera un trago ardiente que será veneno en la garganta ¡Y ay del pobre que lo beba!

Los días pasaban y ella sumida en una profunda introspección, meditaba en su suerte y en el porvenir. Se preguntaba si había nacido para fracasar únicamente, o podría alguna vez izar la bandera de la victoria de las lunas. No hacía otra cosa mas que pensar en ello todo el tiempo de su reposo. hasta que en una ocasión, se alistó con entusiasmo para vislumbrar junto a "Cupido y Valentín" y esperando la mirada de su amado, pensaba en qué quizá ese momento sería distinto y lograrían revivir las cenizas… (cenizas que aún podían volver arder, así pensaba siempre) Mientras él se acercaba ella aguardaba a su llegada pero, él se dio la vuelta y no la miró. Entonces ella se rindió y quedó dormida en un profundo sueño que la hizo caer de la órbita (y esa noche de san Valentín… los enamorados no vieron la Luna.)

Layni había desaparecido y todos se preguntaban lo mismo… ¿Dónde estará metida esta? habían pasado tres días entre los terrícolas desde que Layni ya no estaba entre los Astros. Todos comentaban acerca de su mala suerte, aprovecharon su ausencia para rasgarse las vestiduras y esparcir en el universo todo mal pensamiento hacia ella. Y el universo callado, muy callado… guardaba silencio. Los miraba solamente en su sapiencia y esperaba que al menos uno de ellos dijera algo propio de un ser maravilloso, pero lamentablemente todos estaban bajo el mismo sentir. Parecía que la maldad de la tierra los había contagiado y humanizado de tal manera que habían perdido "la esencia del Ser Supremo". Por otro lado, él si sabía donde estaba ella, pero no era su tarea rescatarla sino del sol, antes que fuera demasiado tarde. El sol todo inflamado, iluminaba de a poquito a otras doncellas, se paseaba por todo el universo ofreciendo destellos de su gloria y a Layni la había abandonado a su suerte.

Mientras la tierra convulsionaba por la falta de la luna, el universo sentía el vacío tan vacío que ella había dejado, y el ser supremo enojado con su creación, hizo una reunión en la que todos asustados acudieron a su llamado. Ninguno se había tomado la molestia de ir en busca de la dama de la noche, y su caballero… solo pensaba en efímeros placeres. El juicio se abrió en cuanto el estruendo de la voz que hace temblar los cielos y la tierra les pidió cuenta acerca de sus actitudes, todos enmudecieron ante la supremacía del que todo lo puede y a penados le pidieron

perdón por sus errores. Entonces las estrellas se fueron a hacer sus oficios en vez de estar en órbitas ajenas. El sol, callado ante su señor no tuvo palabras para disculparse, y enmudeció ante él. El orgullo había inflamado el centro de su corazón y fue por esa razón, que quitó la mirada del rostro de su amada, ella al sentir su falta de amor se congeló y cayó fulminada en la vastedad del cosmos volviéndose polvo, aniquilando así lo que fueron sus días ancianos, como los que viven los terrícolas, colmados del sufrimiento que le causaba su desafecto.

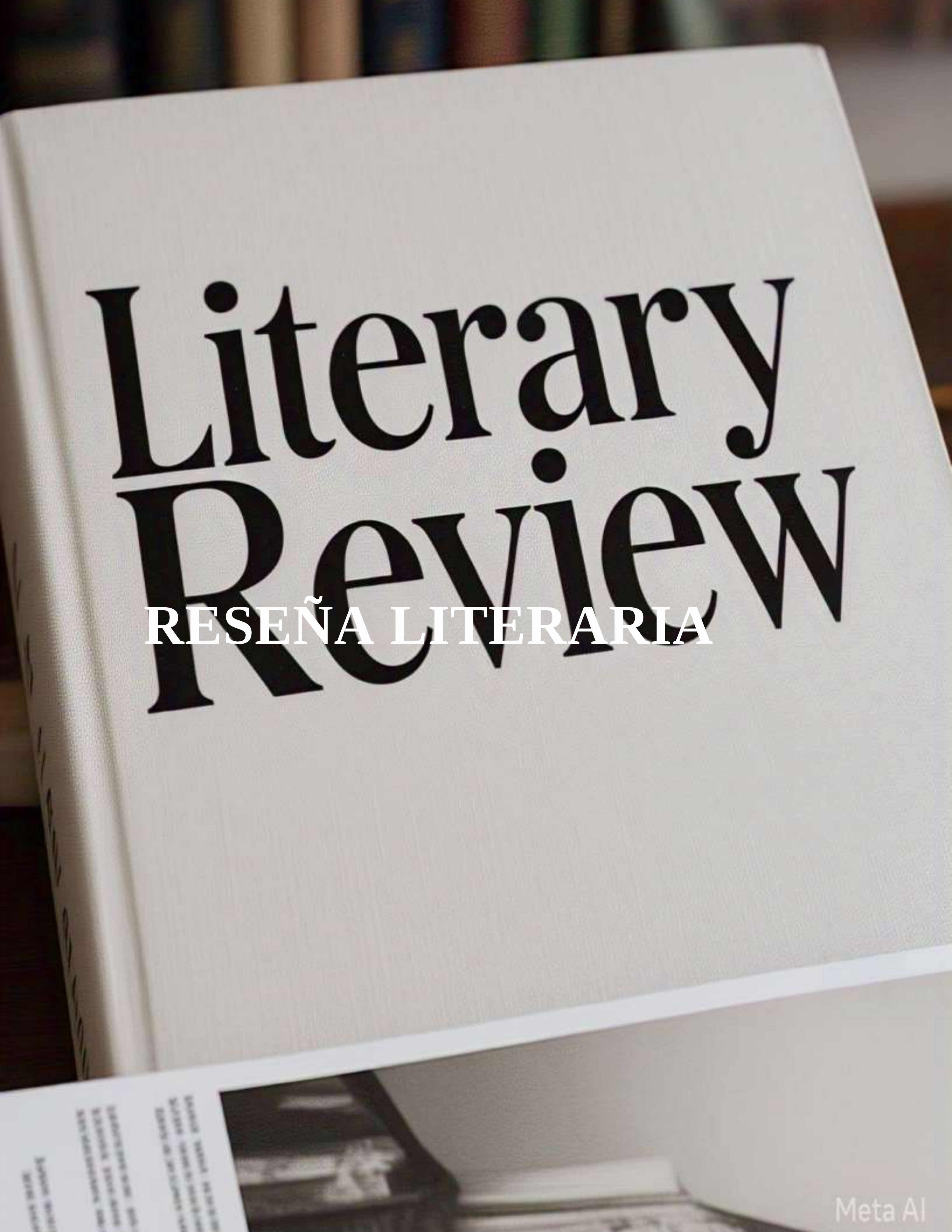
Pero siempre después de la muerte se genera la segunda parte (la catarsis, dicen muchos) se manifiesta la redención del ser o la condena perpetua del mismo, y para Layni no todo estaba perdido, el ser superior unió cada partícula de ella que yacía en la galaxia y creo nuevamente una luna, ¡Con los escombros, sí! Pero más fuerte, con luz propia, además le abrió los ojos del alma para que aprendiera a ver desde su interior y conociera el amor propio. Los cráteres son las heridas que sufrió en muchas colisiones meteóricas, estigmas de su historia para recordarle que siempre ha podido y lo hará.

Por su parte el Sol la veía brillar tan hermosa y alagada por el universo, que quiso conquistarla de nuevo y aunque no le fue fácil, después de mostrar madurez, logró izar la bandera de su Luna junto a ella.

Dicen que desde entonces las lumbreras mayores se eclipsan, se enamoran y conjugan su amor eternamente. aprendieron a crecer juntos, a menguar y a conocerse mutuamente. Ella sigue siendo la dama de la noche y él, el caballero del día. Hay una etnia indígena en Suramérica que dice que ella desciende cada vez que es Luna Llena a la tierra y se fusiona con la arena del mar y el Sol con el océano. además de eso, cuando se encuentran se les ve haciendo el amor en la orilla cuando rompen las olas; dicen que él cae sobre ella y la abraza con vehemencia como si la estuviera comiendo, como si la bebiera y ella se abre toda sin resistencia y se deja arrastrar hacia dentro.

PD: y sobre los cráteres de la Luna…"Es ley de la existencia que siempre queden huellas".


Meta AI



RESEÑA LITERARIA

RESEÑA: *:*

“DE LA TIERRA A LA LUNA” DE JULIO VERNE:

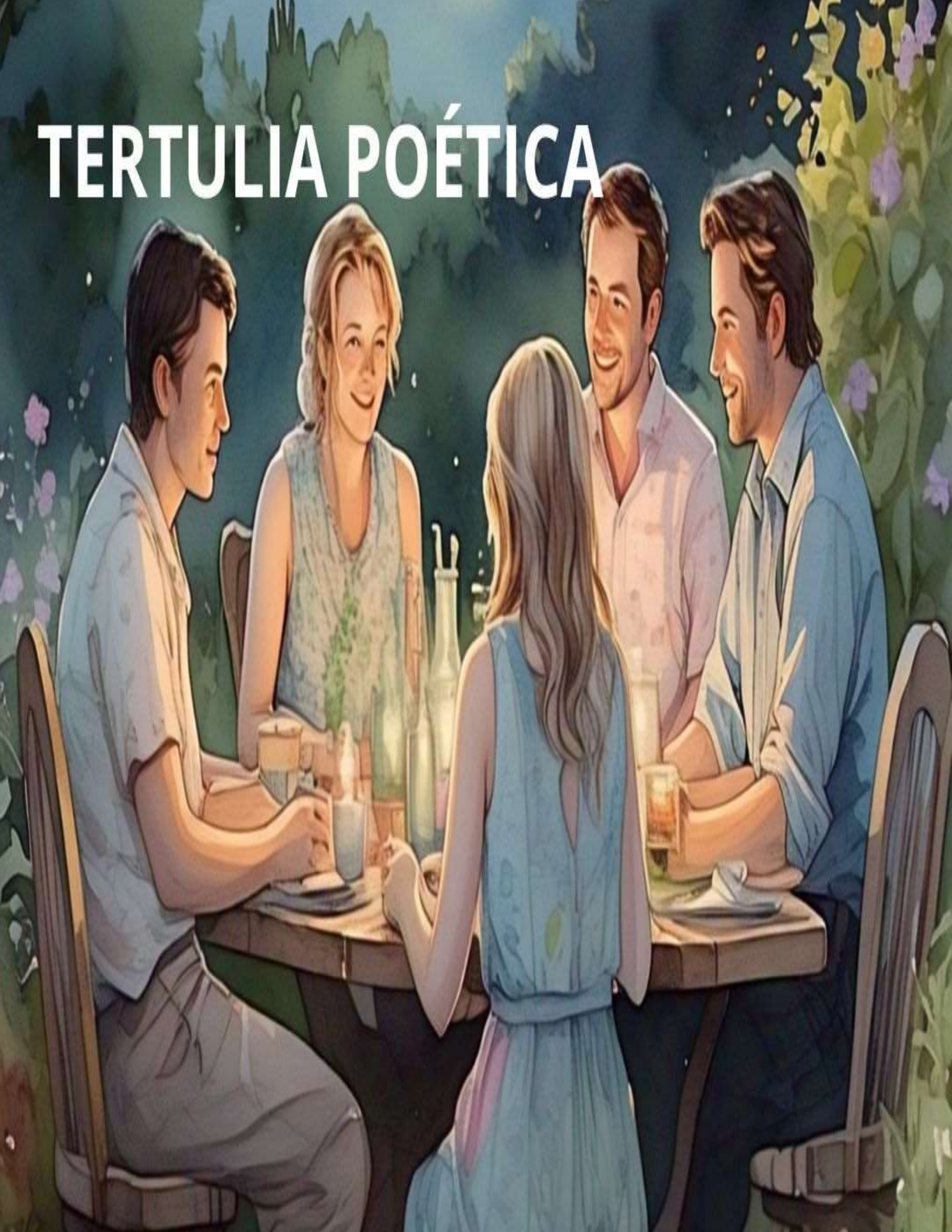
Esta novela de ciencia ficción, publicada en 1865, narra la historia de un grupo de estadounidenses que construyen un enorme cañón para disparar un proyectil a la Luna. La obra, aunque con tintes de aventura y fantasía, se caracteriza por su intento de describir con rigor científico los problemas técnicos que implicaría un viaje lunar.
Algo que me llamó mucho la atención sobre el autor es lo bien informado que está sobre mecánica y astronomía. Es evidente que tuvo una excelente educación. Toma con la seriedad que se merece un viaje tan peligroso y tan difícil como es el viaje a la Luna, respondiendo preguntas correctamente. Preguntas como desde qué latitudes es menos costoso dispararle a la Luna, o los cálculos respecto a la bala, la aceleración que necesita, el tema de la gravedad, y el punto donde escapa de la gravedad de la Tierra para «caer» por la gravedad de la Luna. En fin, es sorprendente la rigurosidad que presentan los aspectos más técnicos de esta obra.



“NOSOTROS EN LA LUNA” DE ALICE KELLEN:

Una noche en París. Dos caminos entrelazándose.
No hay nada más eterno que un encuentro fugaz.
Cuando Rhys y Ginger se conocen en las calles de la ciudad de la luz, no imaginan que sus vidas se unirán para siempre, a pesar de la distancia y de que no puedan ser más diferentes. Ella vive en Londres y a veces se siente tan perdida que se ha olvidado hasta de sus propios sueños. Él es incapaz de quedarse quieto en ningún lugar y cree saber quién es. Y cada noche su amistad crece entre emails llenos de confidencias, dudas e inquietudes.
Pero ¿qué ocurre cuando el paso del tiempo pone a prueba su relación? ¿Es posible colgarse de la Luna junto a otra persona sin poner en riesgo el corazón?
Una historia sobre el amor, el destino y la búsqueda de uno mismo.
Porque, a veces, solo hace falta mirar la Luna para sentirte cerca de otra persona.




TERTULIA POÉTICA

PLENILUNIO

por Michel Pérez Pino

Eres vigía de todas mis pasiones,
con tu luz iluminas los sepulcros.
Mis cánticos te adoran en las noches
y protegen su piel de las hogueras.

Somos almas oscuras que se aman,
bendecidas por tu luz.
Colmillo y fiera,
sangre y aullido.

Estirpes ancestrales jugando a lo prohibido.
Abrazados en la nieve de los páramos,
huyendo del castillo y la leyenda.

No permitas que las nubes
te cubran con su manto.
Arropa nuestras pieles inmortales
en el convite de las carnes.

Arroja tu frialdad
sobre el calor y el desenfreno.
Ya no importan el castigo ni la injuria.

No mengües,
quédate así,
enorme y poderosa,
alumbrando quimeras.
Haremos el amor

bajo la aureola blanca.
Exorciza los demonios
que habitan en mi piel.

Solo tú serás cómplice del secreto negado,
para que cuando el sol alce sus rayos,
protegerla en su sueño
y esperar su regreso.



LUNA

por Anniabel Martínez Gómez

Tengo tantas fases como la luna,
a veces estoy creciendo,
a veces tengo miedo,
a veces estoy completa,
a veces me falta amor.



Soy canción y poeta,
vivo en la bruma,
vivo sin sol,
vivo.

Si te tengo, hago una fiesta,
aunque no temo perderte,
aunque no duela el adiós,
aunque no salga la luna,
aunque no salga el sol.

Me pongo vestidos,
camino desnuda,
camino descalza,
camino.

LA LUNA Y YO

por Yari Morales – Ariel Sosa Mansilla

Luna, te miro desde aquí abajo y pienso en ella,
dónde estará ella, que se marchó hace ya bastante tiempo
y que no he podido dejar de olvidar.
La quiero… volver el tiempo atrás y no puedo,
porque el tiempo no tiene vuelta atrás,
y el mundo sigue girando, mientras pienso en ella.

Aquí estoy, como siempre,
alta, callada, sintiendo tu pena.
Me miras con ojos enamorados,
y yo, que lo veo todo,
advierto que piensas en ella.
La he visto marcharse
sin rumbo, con tristeza,
dejando en ti un mal sabor
que no lo borra ni los años.

Preguntas dónde está…
y aunque no puedo hablarte,
haré que pienses en esto:
no está tan lejos como crees,
vive en tu recuerdo más hermoso,
en la llaga que el amor no cura,
en las noches que me miras
y quisieras gritar…

No puedes volver el tiempo,
pero puedes cerrar los ojos

y hablarle desde el alma.
Yo llevaré tu mensaje
con mis luces y estrellas,
porque, aunque ella no esté aquí,
tú sigues brillando por ella.


MUJERES: ARTIFICES
DE LA LITERATURA

MUJERES EN LA LITERATURA

por Daymi Pacheco Avilanes

“Me desordeno, amor, me desordeno…” es uno de los poemas más emblemáticos de la escritora y poetisa cubana Carilda Oliver Labra. Nacida en la provincia de Matanzas en el año 1922, se convirtió en una figura insigne de la literatura cubana y, fundamentalmente, dentro de la poesía lírica.

Ganó el Premio Nacional de Poesía en 1950 por su poemario Al sur de mi garganta y el Premio Nacional de Literatura en 1997, entre otros reconocimientos.

A pesar de ser criticada fuertemente por la sociedad de la época, siempre se mantuvo fiel a su poesía, alegando que “no era puramente erótica”, pero que “sí presentaba cierto desenfado formal”.

Su obra poética se caracterizó por su sensualidad y su habilidad para explorar temas amorosos y eróticos con elegancia y profundidad, aunque también se centraba en hablar de su ciudad natal o en temas políticos. El estilo de su poesía bebe de diversas fuentes, de las cuales resaltamos las tres más relevantes: la corriente neorromántica de la lengua española, el surrealismo y el coloquialismo cubano.

Sus poemas se caracterizan por una abundante presencia de las emociones personales, enfatizadas y resaltadas por un claro sentido de la estética y una conciencia poética bien definida. Es de interés resaltar la gran coordinación existente entre su estilo predominante (la poesía erótica) con sus sonetos, ya que estos mismos están asociados con el deseo y, durante siglos, los poetas han usado el marco del soneto para explorar la complicada experiencia humana del amor romántico.

Aquí, y a muestra de su obra:

Me desordeno, amor, me desordeno
cuando voy en tu boca, demorada;
y casi sin por qué, casi por nada,
te toco con la punta de mi seno.

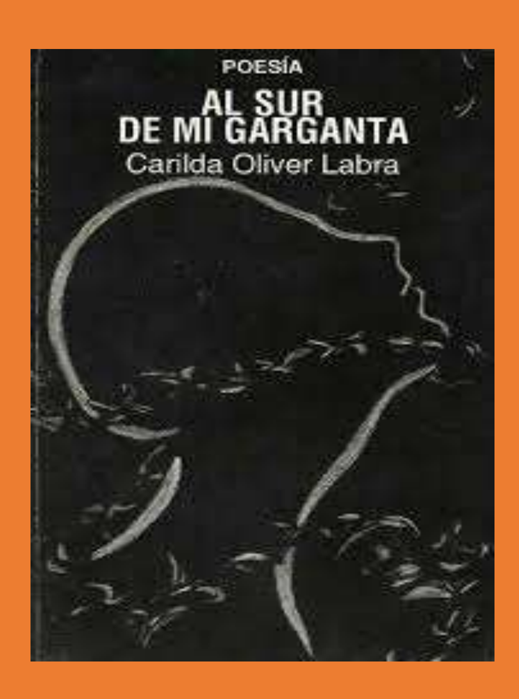
Te toco con la punta de mi seno
y con mi soledad desamparada;

y acaso sin estar enamorada;
me desordeno, amor, me desordeno.

Y mi suerte de fruta respetada
arde en tu mano lúbrica y turbada
como una mal promesa de veneno;

y aunque quiero besarte arrodillada,
cuando voy en tu boca, demorada,
me desordeno, amor, me desordeno.






MISTERIO EN LA
LUNA

PRIMER CAPITULO

LOS DOCE HOMBRES QUE PISARON LA LUNA

Por Yari Morales

Neil Armstrong fue el primer hombre en ir la Luna. Doce hombres han pisado suelo lunar desde 1969. ¿Por qué no se sabe mucho de ellos? ¿Por qué no han sido vistos como héroes de la nación?

A comienzos de la década del 1960, la NASA lanzó la Misión Apolo que tendría como propósito llevar al hombre a la Luna. El 20 de julio de 1969, EE. UU. tuvo el primer alunizaje. El Apolo 11 dio el primer golpe, comandado por Neil Armstrong y Buzz Aldrin. Neil Armstrong, ingeniero aeroespacial de Ohio, y Buzz Aldrin, quien fue conocido como el astronauta más polémico de la NASA, un piloto de la Fuerza Aérea; también había participado de la Guerra de Corea. La misión Apolo 11 tenía como único objetivo pisar suelo lunar.

También en 1969 llegó a la Luna el Apolo 12. Charles Conrad y Allan Bean recogieron sondas que habían sido colocadas en la primera misión. No tomaron fotos, ya que la cámara que llevaron se dañó con la exposición al sol. Allan Bean era pintor. Apolo 12 resultó de gran utilidad para estudiar el suelo lunar con las sondas recogidas.

En 1971, Apolo 14 llega a la Luna con Alan Shepard y Edgar Mitchell. Shepard sufría de vértigo y estuvo a punto de ser bajado de la misión. Se obtuvieron buenas muestras de cráteres lunares para su estudio. Existen imágenes de Shepard jugando golf en suelo lunar.

En 1971 también llegó Apolo 15 a la Luna con David Scott y James Irwin. Scott tuvo una polémica ya que firmó unas estampillas antes de su misión y se defendió diciendo que lo hizo para financiar la educación de sus hijos. Se dice que Irwin fue el que más tiempo ha estado en suelo lunar. Fue el primero en correr un satélite a bordo de un vehículo todoterreno.

John Young y Charles Duke llegaron a la Luna en 1972 a bordo del Apolo 16. Esta fue una de las misiones más fructíferas. Tuvieron tiempo para recolectar muestras y tomar fotografías.

La última misión fue Apolo 17, con Harrison Schmitt, un geólogo, y su compañero Eugene Cernan, quien fue el último astronauta en pisar la Luna.

Curiosamente, de los 12 astronautas ninguno se hizo famoso. Existen teorías conspirativas que apuntan a que todo fue una farsa de EE. UU. para ganar la Guerra Fría. Algunos sugieren que no se veían las estrellas y que la bandera ondeaba cuando no hay viento en la Luna. Otros aseguran que los astronautas tienen un acuerdo con la NASA donde no pueden hablar nada de lo que vieron en el espacio, fuera de lo que se les permitiera hablar. Para estos astronautas, formar parte de las misiones Apolo no les ayudó en su vida, ya que la mayoría enfrentó dificultades.

Se cree que muchos padecieron el Síndrome del hombre en la Luna. Mismo que se produjo al ver la Tierra desde la Luna. Todos aseguran haber sentido una fuerza extraña, como si hubiera una inteligencia infinita.

De todos, el más famoso fue Neil Armstrong por ser el primero. Se dice que no quería dar entrevistas a nadie, ni siquiera autógrafos. Llegó al extremo de acusar a su peluquero de vender sus mechones a precios astronómicos. Se dice que pasó sus últimos años dando clases en una universidad de Cincinnati y que, luego de divorciarse de su esposa de más de 30 años de casado, se casó con una mujer 15 años menor.

Allan Bean se dedicó a la pintura. Se dice que llegó a vender una de sus obras en 50,000 dólares. De Edgar Mitchell se dice que se volvió loco. Se dedicó a decir que la NASA tenía pruebas de que existían extraterrestres.

Irwin dijo que durante el alunizaje había tenido un encuentro con Dios. Fundó una congregación cristiana junto a su esposa. Uno de sus objetivos era encontrar el Arca de Noé, la cual aseguraba se encontraba en Turquía. David Scott se dedicó a la mentoría privada. Ayudaba a las producciones cinematográficas en lo concerniente a la Luna y cómo hacer ver el espacio.

John Young fue el que más duró en la carrera espacial, con seis vuelos espaciales y 42 años de carrera. Con 36 años de edad, Charles Duke fue el astronauta más joven en pisar suelo lunar. Actualmente dirige en Texas una iglesia. Harrison Schmitt se dedicó a la política. En 1976 fue senador por el Partido Republicano y apoyó a Donald Trump. Es anticalentamiento global, dice que eso es una invención de la gente. Eugene Cernan no dio entrevistas nunca y tampoco quiso participar en entrevistas ni programas de televisión.

En conclusión, podemos decir que los doce astronautas son héroes nacionales que arriesgaron sus vidas por la ciencia. Sin embargo, ninguno se hizo figura pública por su exposición en la Luna. Se cree que pudo haber mediado un acuerdo entre estos y la NASA para que no hablen al respecto. Tal vez no estaban preparados para la fama. Neil Armstrong, dijo una vez: "Somos soldados de EE. UU., lo único que nuestro campo de batalla es fuera de la Tierra, en la Luna."

Continuará…………



Los personajes y eventos que se presentan en este li son ficticios.
Cualquier similitud con personas reales vivas o muertas es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Impreso en Argentina